

El perro que aprendió a leer



Trozo de un cuento del libro:

El olivo de la Aljafería

Cuentos judíos en Aragón



Sefarad Aragón
<http://sefaradaragon.org>

Historias inspiradas en leyendas y cuentos judíos, contadas por:

Maor Luz

Investigación histórica:

Javier Gómez Gil, Timna Freire Segal
y Concepción Gálvez Martín.

Corrección de textos:

José Alfonso Gamero Arrese y Javier Gomez Gil

Corrección estilo: Raquel Buil Bretos

Ilustraciones: Alejandro Cortés Calahorra

Fotografías: Timna Freire Segal y Maor Segal

Diseño: Timna Freire Segal

Edita:

LIBROS CERTEZA

C/. Parque, 41

50007 ZARAGOZA

Tel. (34) 976 27 29 07

Fax (34) 976 25 18 80

E-mail: certeza@certeza.com

www.certeza.com

Depósito legal: Z-3757-2008

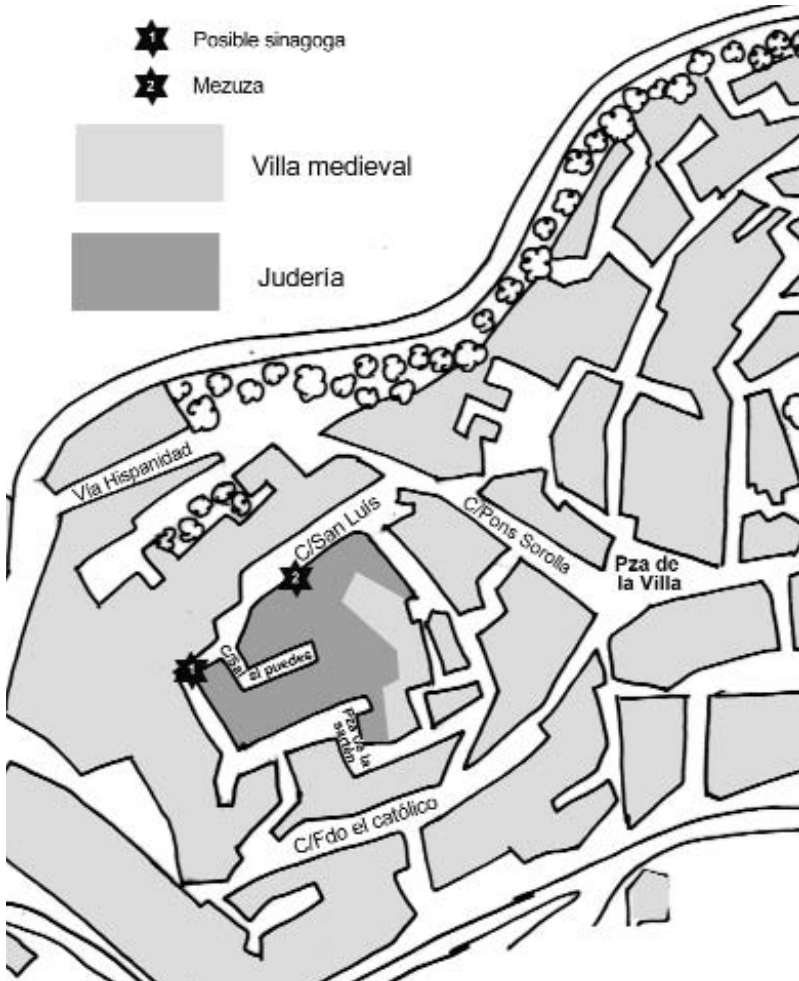
ISBN: 978-84-92524-15-0

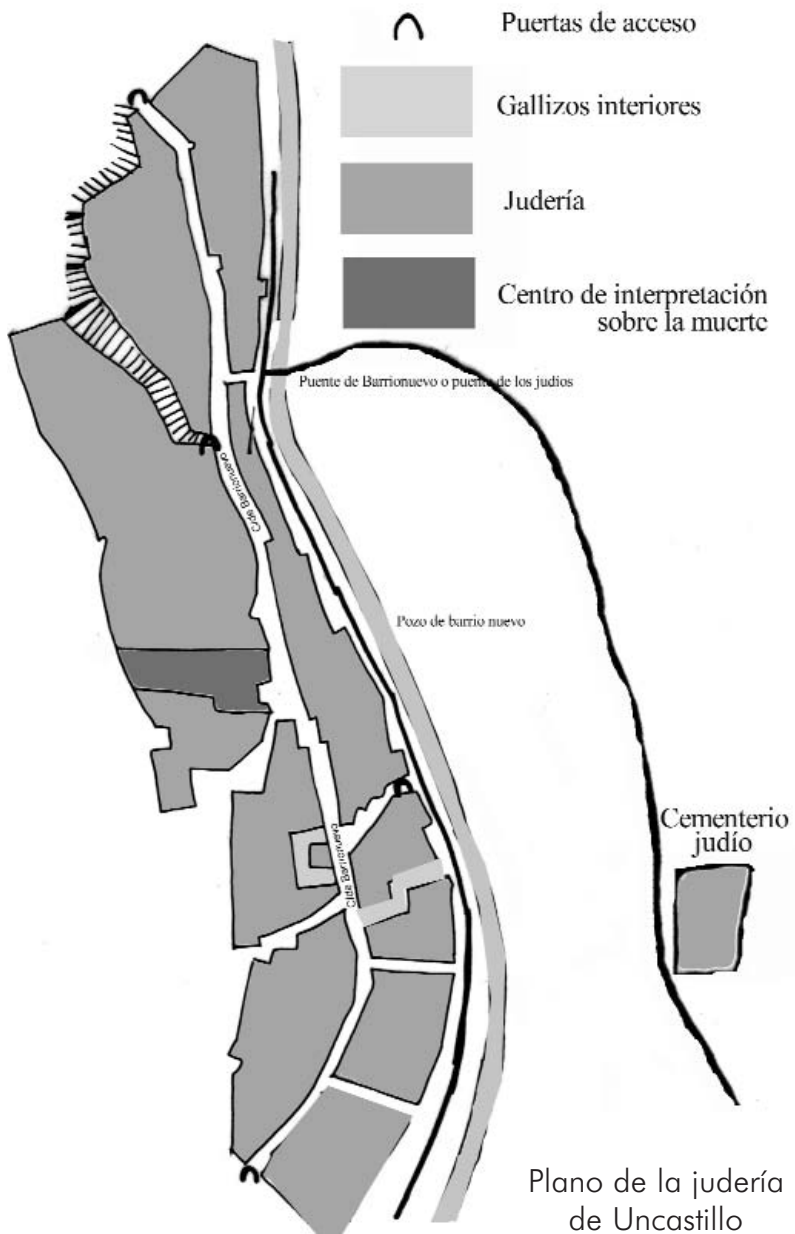
Primera edición: 2008

Imprime: Huella Digital

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de
Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

En **Sos** encontramos la judería en torno a la plaza de la Sartén, llamada así por su forma. Aquí encontramos las mismas cruces que en Uncastillo y destaca su urbanismo laberíntico y con callejones estrechos y sin salida.





Plano de la judería de Uncastillo



¿Sabías que...?

Es considerado judío aquel que nace de madre judía sin importar de qué religión es el padre. Ello se da al ser la mujer esencial en la transmisión de la identidad judía en el medio familiar y la madre la responsable de que los valores se transmitan de generación en generación.

Sin embargo, en el humor judío se dice que de quién es la madre estamos seguros al ver al niño salir de ella, pero de quién es el padre no tenemos seguridad.



¿Sabías que...?

En la tradición judía se da mucha importancia a los nombres, ya que no sólo sirven como un método de identificación, sino también como una conexión espiritual entre el nombre y la persona que lo lleva. El nombre dado a la persona está intrínsecamente ligado a su alma y su vida. Actúa como el canal por medio del cual la fuerza vital fluye al cuerpo. Cada letra tiene una Fuerza Divina única; de esa manera, cada objeto creado tiene su propia forma y su esencia especial directamente ligados a las letras hebreas que forman su nombre.



Sos del Rey Catolico
Plaza de la Sarten

El perro que aprendió a leer

El Rabí Jaím, cuyo tataratatarabuelo fue el justo y sabio Rabí Meir*¹, hijo del honorable Rabí Yaacov, era conocido a lo largo de todo el Reino de Aragón por su sabiduría y buen corazón. Diariamente llegaban mensajeros a la sinagoga de Uncastillo con consultas para el gran rabino, y numerosos judíos viajaban para *Shavu'ot* a la villa con el fin de pasar la noche de la fiesta estudiando la Torá con él.

También los reyes de Aragón*² apreciaban la opinión y consejo del gran sabio y le consultaban asuntos tanto de

1* En Uncastillo fue encontrada una lápida funeraria con la siguiente inscripción: "Esta es la tumba del anciano, el justo y sabio rabí Meir, hijo del honorable rabí Yaacov, que murió en el mes de Nisan del año judío 4839". Es decir, según el calendario gregoriano en la primavera del 1079.

2* Nos referimos a Juan II de Trastámara, llamado el Grande, (rey de Aragón, de Cerdeña y de Sicilia (1458 - 1479), y su segunda esposa Juana Enríquez (con quien se casó a la muerte de Blanca de Navarra en 1441 en segundas nupcias en 1444, hija de Fadrique Enríquez). Con su segunda esposa Juana Enríquez tuvo a Fernando II (llamado también Fernando el Católico) que nació en el 1452, por deseo de su madre, en territorio aragonés, ya que se encontraba en Navarra (en las disputas de sucesión entre su hijastro Carlos y su esposo Juan II) y se desplazó hasta el caserón de Sada, sito en la frontera con Navarra, de la villa de Sos.

estado como de índole moral. Sus buenos consejos fueron muy apreciados entre la Corte y su gran popularidad aumentaba día a día.

Esta gran popularidad del rabino Jaím tenía su parte buena. ¿A quién no le gusta ser apreciado? Y así los judíos de todo el reino disfrutaban de una buena vida, con menores presiones fiscales y un ambiente óptimo de convivencia con las comunidades musulmana y cristiana. Hacía años que nadie se acordaba de una época tan buena.

En la Corte de Aragón había también un imán musulmán llamado Majmud, gran médico y sabio islámico, versado en el Corán y en los secretos de la medicina. Majmud y el rabino Jaím no eran lo que se llama exactamente amigos: más bien existía una rivalidad entre ellos por ver a quién de los dos llamaba el monarca para consultarle asuntos de estado; o ver el consejo de cuál de los dos seguía; ver a quién de los dos honraba en sus fiestas. Y otros tantos detalles similares.

En el año judío de 5212, es decir, en el año 1452 según el calendario gregoriano, el rabí Jaím, junto con otros sabios judíos y musulmanes, fue llamado a audiencia ante sus majestades, que pasaban una temporada en Sos, ya

que la Reina Juana Enríquez estaba embarazada y quería tener a su hijo en territorio del Reino de Aragón. Por ello se habían desplazado hasta el caserón de Sada, sito en la frontera con Navarra, que se encontraba en dicha villa.

Rabí Jaím llevó con él a Sara, la mayor de las hijas, que estaba apunto de cumplir doce años y celebrar su *Bat Mitzvá*. El padre consideró que era importante que su hija conociese otras comunidades judías y algo del Reino y la belleza de sus rincones antes de sus esponsales con el hijo del rabino de Ejea de los Caballeros, fijado para dentro de tres años durante la celebración de *Lag ba'omer*.

A la muchacha le encantó el viaje a pesar que tenía que pasar muchos ratos sola mientras su padre estaba en la Corte. Como no era aconsejable que una moza saliese sola a pasear fuera de la judería, Sara se quedaba en la plaza de la Sartén, donde pasaba largos ratos sentada en las escaleras de la hermosa casa en la que se alojaban ella y su padre, mientras leía la *Megilat Ester* que fue lo único que le dejaron –y de mala gana– en la *Yesivá* de la ciudad.

No era normal que una chica supiera hebreo y menos aún que lo leyera ya que, de acuerdo a la tradición judía,

la mujer –a diferencia del hombre– no estaba obligada a cumplir con los preceptos religiosos como las tres plegarias diarias o la lectura de la Torá en la sinagoga los sábados, martes y jueves. Así que, por lo tanto, no tenía obligación de aprender el hebreo y su grafía. Rabí Jaím siempre decía a su esposa y sus tres hijas que la finalidad de dicha exención era liberar a la mujer cualquier obligación que pudiera interferir con sus labores en el hogar y con su dedicación a la familia, especialmente en la atención a los hijos. Pero eso no implicaba que la mujer no tuviera derecho a conocer el hebreo y sus letras para poder entenderlo, leerlo y escribirlo.

En opinión del rabino, la mujer era esencial en la transmisión de la identidad judía en el medio familiar ya que la madre era la responsable de que los valores se transmitieran de generación en generación. Así pues, consideraba positivo que la mujer supiese hablar, leer y escribir tanto castellano, como hebreo y mozárabe. Así podría leer y consultar la tradición escrita participando activamente en las lecturas en la festividad de *Purim* –escuchando la lectura de la *Megilat Ester*– o en la Pascua, participando activamente en la cena familiar con la lectura de la *Hagadá de Pesaj* o enriqueciéndose con las grandes

obras como la Misná o el Talmud. El rabino siempre decía que el saber es bueno para hombres y mujeres y no ocupa lugar, y por ello enseñó el hebreo, el mozárabe y el castellano a su mujer y tres hijas animándolas a leer aquellos fragmentos que le parecían interesantes de la Torá y los demás libros que había en la sinagoga y en su casa.

Si algún miembro de la comunidad judía le criticaba por esta actitud tan poco común, respondía que sus hijas y su mujer sabían muy bien cómo llevar una casa judía. Aprovechaba además la ocasión para argumentar que su casa estaba siempre limpia y que tanto él, como su familia estaban bien vestidos y alimentados, lo que probaba que el saber no interfería en las cualidades de sus hijas y mujer. Aunque con el tiempo, él y Ruth, su mujer, habían llegado a estar algo preocupados por la dificultad de encontrar un buen marido para sus hijas, ya que no había muchos hombres que apreciaran a una mujer culta, pues no era lo común.

Pero esta preocupación había disminuido hacía unos meses, cuando el rabino de Ejea de los Caballeros visitó la casa del rabino Jaím con su hijo Samuel. Éste era un buen mozo que aprendía el arte de la *shejitá* con el matarife de Ejea de los Caballeros y su propósito era instalarse como

shojet en la villa de Uncastillo. Los dos jóvenes se gustaron desde el primer momento. Samuel, aunque no quería seguir los pasos de su padre como rabino, estaba muy versado en las sagradas escrituras, así que Sara y él pasaban largos ratos hablando y discutiendo sobre temas del Misná y del Talmud, como si fueran dos alumnos de una Yesivá. Además, tanto Samuel como su padre valoraban mucho que la esposa de un *shojet* supiera leer y escribir, ya que así le podría ayudar con los libros y la venta de carne y pieles. Unos días antes de dejar Uncastillo las dos familias formalizaron el compromiso de los dos jóvenes fijando la fecha de la boda.

Desde entonces, cada vez que Ruth sacaba inquieta a relucir el tema del matrimonio de sus otras hijas, el rabí Jaím la tranquilizaba argumentado que igual que la mayor había encontrado marido, también lo harían las otras dos.

En una de esas soleadas mañanas, Sara se sentó a leer en las escaleras de la hermosa casa en la que se alojaban ella y su padre en la plaza de la Sartén, pero pronto tuvo de dejar su lectura ya que apareció en la plaza una chica de su edad llamada Miriam que lloraba desconsolada. Sara sólo la conocía de vista, pero se acercó a consolar a la pobre muchacha. Esta le contó que había oído que

estaban circulando unas coplillas –lo que se conocía como “cantar de deshonra”–, sobre ella, ya que rechazó le oferta de matrimonio de un señor de la localidad de Tauste por ser muy mayor.

Sara intentó tranquilizarla contándole que en el año judío de 5071, es decir, según el calendario gregoriano, en el año 1311, dos judíos de Sos fueron sancionados por el bayle –el máximo representante del rey– con una multa de cien sueldos por las graves difamaciones que propagaron haciendo circular coplillas de ese tipo contra vecinos de su localidad. “En ellas –continuó diciendo Sara– se decía de un tal Samuel que era hijo de un cristiano, que su mujer llamada Sol, era una prostituta y que su hija, Bellita, era una borde”. Sara le prometió que, cuando volviese su padre, las dos le contarían lo ocurrido y él pondría fin a esos rumores. Terminó diciéndole: “Son una vergüenza, y castigaré a los culpables llevándolos ante el bayle”. Pero tan ocupadas estaban las dos chicas hablando de esto, que no se dieron cuenta de que en la plaza había entrado corriendo un sirviente de los reyes persiguiendo a uno de los cachorros de la camada de los perros favoritos de la Reina. El cachorro fue corriendo hasta Sara y se escondió detrás de ella, mordiendo su túnica. Sara le acarició la

cabeza y le dijo: “*Guibor gadol* (gran valiente), ¿te escondiste entre las faldas de una mujer? ¿O es que estás luchando con una tela?”. Riendo dejó que el cachorro le lamiese la mano alegremente y las dos muchachas se echaron a reír. Esto, al fin, animó a Miriam más que lo que le había estado diciendo antes Sara.

El cachorro no quería irse con su cuidador y se escondió aún más detrás de Sara, casi haciéndola caer. Finalmente, cuando el sirviente de los reyes lo atrapó, se vio obligado a levantarlo en brazos para llevárselo de allí entre lamentos y lloros.

Al poco tiempo volvió Rabí Jaím a la posada y su hija le presentó a Miriam, que le contó su triste historia. El rabino le prometió que investigaría y haría todo lo posible por ayudarla, así que la chica se fue más contenta. Durante la comida, Sara narró a su padre sus aventuras del día y los dos se rieron mucho con la historia del travieso cachorro.

Dos días después la Reina Juana Enríquez preguntó por qué el cachorro no comía ni jugaba con sus hermanos sino que pasaba el tiempo mirando la puerta del palacio con ojos tristes y gimoteando. Cuando el sirviente le explicó lo sucedido, la Reina comprendió que el perrito quería

corretear por las calles y tener una dueña joven que lo mimase y jugase con él a todas horas. Así pues, como quería mucho a sus perros, decidió regalarle el cachorro a esa tal Sara, hija de unos consejeros de su esposo. A tal efecto, el Rabí Jaím fue llamado a la Corte para presentarse ante los reyes en compañía de su hija. Nada más entrar al palacio, el cachorro salió corriendo y se escondió entre las faldas de Sara. Ella le acarició la cabeza nuevamente, sonriéndole y murmurando: “Hola pequeñín, mi valiente. Yo también te echaba de menos”.

Así fue como los reyes regalaron a Sara aquel cachorro, un cachorrito encantador de la camada de los perros favoritos del Rey.

Pero este regalo levantó la envidia de Majmud: “¿Cómo es que la hija de Rabí Jaím tiene un regalo tan importante y en cambio a ninguno de mis hijos le regalan nada?” Tales eran sus cavilaciones mientras observaba enojado cómo la feliz muchacha jugaba con su cachorro esperando que su padre acabase los asuntos del día en la Corte. “Te llamaré Guibor, que quiere decir héroe en hebreo –dijo Sara cariñosamente al cachorro mientras éste intentaba atrapar una paloma–. Qué perro tan listo eres. Sólo te faltaría saber leer y serías perfecto”. La joven le

decía esto riendo y abrazando al animal que, encantado con los mimos, le mordisqueaba cariñosamente los dedos y le lamía la cara.

“¡Eso es!”, murmuró alegre Majmud. Y se fue corriendo a ver al Rey Juan II. “¿Ha oído Su Majestad –dijo al llegar ante el Rey– lo que cuentan por la Corte?”. “No –respondió el Rey, curioso –. ¿Qué cuentan?”. “Dicen que... –Majmud bajó la voz para intrigar más al monarca– ...dicen que Rabí Jaím ha prometido a su hija que le enseñaría a leer al cachorrillo que le regalasteis”. “¿Enseñar a leer a un perro?”, se extrañó el Rey. “Sí –le aseguró Majmud–. Enseñará a leer al perro que Su Majestad ha tenido lagenerosidad de regalar a su hija. Al parecer el Rabino dijo que no todos los perros pueden aprender a leer pero que éste era especial. ¡Al fin y al cabo es de la camada real!” El Rey meditó un momento antes de exclamar: “¡Esto tengo que verlo! ¡Traedme aquí al Rabí Jaím!”.

Al llegar Rabí Jaím, el Rey le dijo: “He oído que vas a enseñar a leer al cachorro que regalamos a tu hija.

.....

El resto del cuento y mas cuentos
+ vocabulario
en el libro

“El olivo de la Aljafería Cuentos judíos en Aragón”



Sefarad Aragón
<http://sefaradaragon.org>